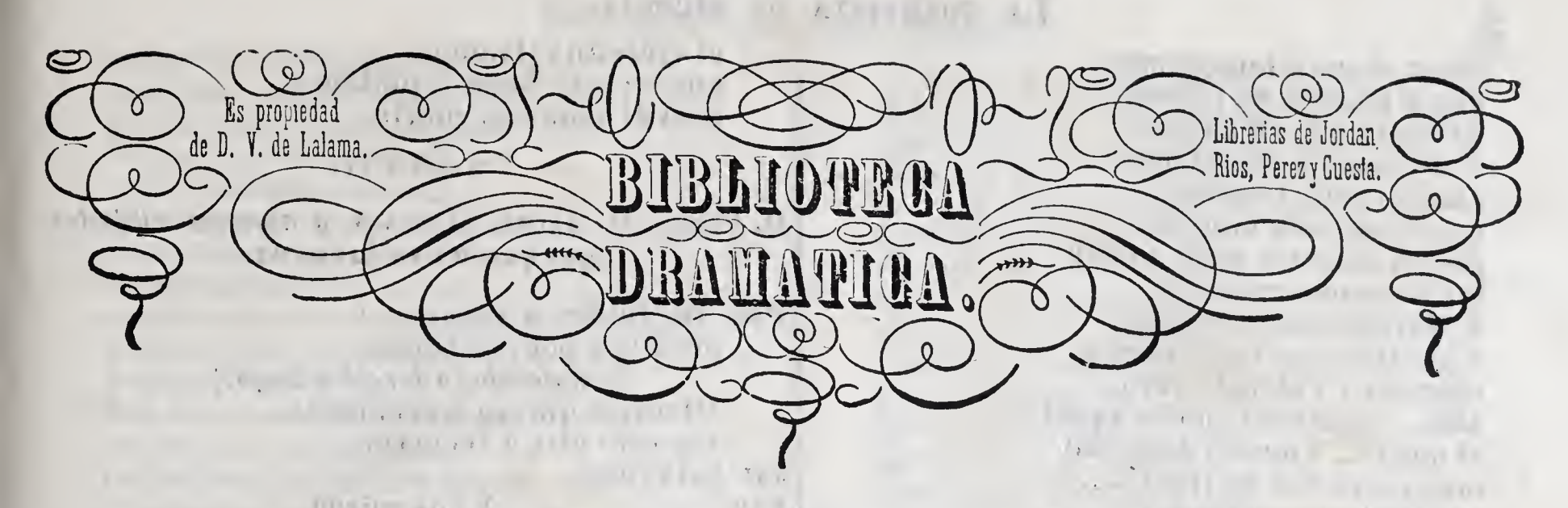

LA CONQUISTA DE MURCIA.

POR D. JAIME DE ARAGON,

Drama histórico, en tres actos, dividido en cuatro cuadros, y en verso, por D. Juan de Alba y don Cipriano Lopez Salgado, *representado por primera vez en el teatro de Variedades el 9 de febrero de 1848.*

PERSONAGES.	ACTORES.
El rey D. Jaime *el conquistador.*	*Sr. Alba.*
D. Pedro. } *Sus hijos.*	*Sr. Garcia.*
D. Jaime. } *Sus hijos.*	*Sr. Saez.*
Hudiel, *rey moro de Murcia.*	*Sr. Areu.*
Zelina, *su hija.*	*Señora Rizo.*
Avela, *esclava.*	*Señora Espinosa.*
El obispo *de Cartagena.*	*Sr. Serrano.*
D. Alonso Garcia.	*Sr. Edo.*
D. Pedro de Queralt, *maestre del temple.*	*Sr. Detrell.*
Adalid.	*Sr. Bustos.*
Aliatar.	*Sr. Rojas.*
Abensay.	*Sr. Guzman.*
Un Alcaide.	*Sr. Benitez.*
Un embajador, *que habla.*	*Sr. Ecija.*
Otros tres, *que no hablan.*	

Gefes y soldados cristianos y moros. Entre los gefes cristianos estarán al frente de sus respetivos soldados los maestres del Temple, del Hospital y de Uclés.

La accion en el año 1265, desde la noche del 2 de enero hasta la del 2 de febrero.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un campo al frente de la plaza de Murcia, cuya muralla se verá lo mas lejos posible del telon de embocadura, y formando una línea algo oblícua de izquierda á derecha del espectador, con puerta practicable en medio. Por detrás de la muralla se verán en primer término algunos castillos, de los cuales uno será mayor. Detrás, y como en lontananza se verán varias casas con ventanas que se iluminarán á su tiempo. A la izquierda del actor, y en primer término algunos asientos rústicos, es de noche: á su tiempo aparece la luna cruzando en la misma direccion de la muralla y de izquierda á derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA.

El rey, Adalid, D. Pedro, D. Jaime, *algunos soldados y* Moncada.

Ada. Llegamos por fin, señor,
al deseado lugar,
y podemos acampar
donde os parezca mejor.
La noche lóbrega está,
y perezosa la luna
su fria luz importuna
verterá tarde quizá.
Este lugar es seguro
para un ataque impensado,
y este debe ser el lado
mas débil de todo el muro.
Que siempre el moro temió
á los fieros castellanos,
y con piedras y con manos
mas aquel lado guardó.
Y si la marcha ha sabido
de tropas y de vitualla,
para doblar la muralla
pocos dias ha tenido.

Rey. Pues yo le haré ¡vive Dios!

3

678447

saber al moro imprudente,
que si Castilla es valiente
Aragon no le va en pos.
Y en vano la ha defender
esa insolente canalla,
que su elevada muralla
piedra á piedra he de moler.
O del comun enemigo
á Murcia bella libramos,
ó por Dios que no tornamos
ninguno á Valencia vivo....
Mas... ¿qué veo? ¿no es aquel
el muro?.. Vuestro descuido
muy cerca nos ha traido....
¡Adalid! ¡nos sois infiel!
¡Vive Dios que con la mano
casi podremos llegar!
Mucho me haceis sospechar
algun acuerdo villano.
¿Bajo tiro de ballesta
para acampar nos traeis?...
O sois traidor, ó entendeis
poco de guerrear la fiesta.

ADA. Señor, el camino erré,
y al llegarlo á sospechar,
sin poderlo remediar,
junto al muro me encontré;
que nunca Aragon crió
traidores para su rey,
corte mi cuello la ley
si juzga que lo soy yó.
En la negra oscuridad
¿qué estraño que me perdiera,
y que sin pensarlo diera
junto á la misma ciudad?
Cierre contra ella Aragon;
yo el primero asaltaré
su muro, y en él pondré
nuestro triunfante pendon.
¿Y quién pudiera pensar
que descuidado se hallára
el moro, y que nos dejára
hasta sus puertas llegar?

REY. ¿Tan pronto habeis olvidado
que, para evitar aviso,
con el cuidado preciso
mis medidas he tomado?
¿Qué á nadie pasar dejé
delante de mis guerreros,
y que los pueblos enteros
con mis soldados cerqué?

ADA. ¡Señor!..

REY. Basta, te perdono.
Mas espero que otra vez
sepais escoger ¡pardiez!
lugar de mejor abono.
Si este ahora elegido has,
su puesto he de mantener,
sin que me veas volver,
por quien soy, ni un paso atrás.
D. Pedro, D. Jaime, vos
el lugar conocereis,
y á que vuelva esperareis,
con mis soldados en pos.
El moro duerme sin duda
y es necesario acampar,
antes que ose despertar
y á las murallas acuda.
Adalid, á conducir
el ejército volvamos,
que en este lugar triunfamos
ó en él hemos de morir.

ESCENA II.

D. PEDRO, D. JAIME, MONCADA *y algunos soldados que quedan en la escena.*

PED. Tú, Jaime, á reconocer
puedes ir por ese lado.
(señalando la derecha abajo.)
Mientras que yo con cuidado
voy este otro á recorrer

JAI. Está bien.

PED. Y vos, mirad
por ese lado, señores,
(á algunos de los soldados que han quedado en la escena.)
y los ojos avizores
del centinela evitad,
que aunque al moro descuidado
ningun temor le desvela,
el diario centinela
vigilará desvelado.

(Estos vanse por la derecha arriba, D. Jaime seguido de los demas derecha abajo.)

ESCENA III.

D. PEDRO, MONCADA.

MON. Y nosotros, ¿qué aguardamos
en este sitio, señor:
no digan ¡por mi valor!
que de miedo nos quedamos?

PED. Escucha, Moncada; ¿estás
siempre resuelto y propicio
á emplearte en mi servicio?

MON. Esa pregunta es de mas:
á ellos, y valiente os sigo;
que sientan nuestros aceros,
y ó me matan los primeros
ó no queda un moro vivo.
¡Por vida de la Madona!
que solo anhelan mis brios,
contra esos perros judios
desenvainar mi tizona.

PED. Para otra cosa deseo
tu fiel proteccion, Moncada;
tengo el alma enamorada
y una mora es mi recreo.

MON. (*santiguándose.*) Ave Maria purisima..!
Jesus.... Eso es una broma...
De seguro que lo es... toma!

PED. No.

MON. ¡Por la virgen santísima!
Vos, infante de Aragon,
de una mora enamorado?
Me cuelguen si no es pecado
de la mas alta traicion.

PED. Por tu honradez y valor
te he nombrado mi escudero,
y en esta jornada espero
que me sirvas.

MON. Mas, señor...

PED. Escucha, Moncada, y vé
si mi pasion es delito.

MON. Hija de un moro maldito...
Mas hablad y escucharé.

PED. Cuando el moro reveló

su poder contra Castilla,
empleado su monarca
de Granada en la conquista,
le era imposible atacar
á esta rebelde morisma.
Sabes que el rey don Alfonso
en ocasion tan precisa,
ausilio pidió á mi padre,
quien como yerno le estima,
y á tan justa peticion
negarsele no podia.
Por ver si estas diferencias
en amistad concluian,
mi padre envió al rey moro
embajadores; y el dia
que para este hermoso suelo
dispusieron su partida,
permiso pedí á mi padre,
solo por ver las delicias
de este jardin encantado,
de la España maravilla;
y en clase de embajador
me fué al punto concedida.
Llegué, Moncada, llegué,
y entre mil flores distintas,
y en hermosuras diversas,
hallé una flor peregrina,
de los donceles encanto
y de las bellas envidia.

Mon. En fin, ¿os enamorasteis
de una mora, una judia?..
¿No es eso?.. ¡y esa es la flor!
me gusta la alegoria.

Ped. Al entrar en su palacio
vi del rey moro la hija,
cuya hermosura y encantos
en vano pintar queria.
En el palacio hospedados
pasamos algunos dias,
y yo los pasé en el cielo
de enamoradas caricias.

Mon. ¿En el cielo y entre moros?
¡Santa Bárbara bendita!
D. Pedro, ¿os hallais en vos?
Por la cristiana doctrina,
que no es eso lo que cumple
á un alma en mi fé nacida.

Ped. ¡Moncada!

Mon. Señor, perdon.
(*arrodillándose.*)
Contra esa canalla impia
siento un odio, que tal vez
por él os falté, y perdida
os reconvino mi lengua,
y cortármela debia.

Ped. Alza, amigo; tu avezado
á la atroz guerra continua,
no alcanzas del dulce amor
los encantos y la dicha.
¿Qué importa que mora sea
si en su corazon abriga
un amor divino, ardiente,
puro como el sol que brilla,
abrasando poderoso..
las arenas de la Libia?
¿Si tiene un alma inocente
que mil cristianas debian
envidiar por la nobleza
que en sus acciones cobija?
Y, en fin, si guardar me es dado
la fé en que creció mi vida,
¿qué importa que mora sea
la que el alma me cautiva,
si logro verla por fin
á nuestra fé convertida?
Si, mil veces me lo dijo
con su boca purpurina.
»Tu fé seguiré, cristiano,
y adoraré á esa *Maria*
que tu adoras; pues me basta
que tu adoracion la rindas,
para saber que merece
tambien la adoracion mia.

Mon. ¿Eso dijo?.. ¡voto á tal!
ya me interesa, y daria
por librarla de esos perros
hasta mi existencia misma.
Y ¿qué quereis? Que asaltemos
la muralla ¡voto á crivas!
y arranquemos al demonio
el alma de la morilla?
Pues, á ellos...

Ped. No, Moncada,
Escúchame. Concluida
nuestra comision, ya sabes
que, las partes no avenidas,
á nuestra patria tornamos.
Quise llevarme á Zelina,
pero todos mis esfuerzos
fueron en vano: decia
que en tanto que yo su esposo
no me llamára, propicia
no la era dado seguirme.

Mon. Y dijo lo que debia.
¡Voto á tal, que segun veo
es una perla la chica!

Ped. Si, Moncada. A los dos meses
recibi una carta escrita
con caractéres de fuego,
pues cada frase encendia
mas y mas mi fino amor.
Deciame, que perdidas
las esperanzas de verme,
su existencia carcomida
por el dolor de la ausencia,
velozmente descendia
al sepulcro; que su padre
á una posesion vecina
de Murcia la habia llevado,
por ver si en el campo huia
su continua enfermedad;
que alli fácil me seria
arrebatarla á los pocos
que su custodia regian,
y cumplirla mi palabra;
pues que vivir no podia
sin mi amor. Y yo quisiera
que recorriendo estas quintas,
diéramos con ella, en tanto
que el ejército camina
hácia este sitio, y hallada
huyeras con ella aprisa,
hasta dejarla en un punto
de confianza escondida;
que despues, rendido el moro,
á Valencia conducida,
se hará con gusto cristiana,
y yo la haré esposa mia.

MON. D. Pedro, vos, heredero
de la corona que brilla
poderosa en Aragon...
PED. Mi padre consentiria.
MON. Pero, en fin, ahora pensemos
en salvarla. *(mirando á la izquierda.)*
PED. No divisas
destacada en la arboleda
una casa hácia la orilla
del rio, que allá entre flores
murmurando se desliza?
MON. Si, señor.
PED. Pues la primera
será que...
MON. Pues juraria
que es guarida de fantasmas.
Veo, á la luz amarilla
de la luna, que saliendo
el horizonte ilumina,
una puerta que se abre,
y que exactamente imita
la boca de un hondo abismo,
y arroja despavoridas
descomunales visiones
blancas como mi camisa.
PED. En efecto, cuatro bultos
se distinguen y caminan
hácia este sitio. Serán
moros que estas cercanias
cultivan; habrán oido
las tropas, y se retiran,
sin duda á ver si consiguen
entrar en la ciudad... Mira,
hazte á un lado, y al pasar
damos sobre ellos...
MON. Si chillan
les segamos los pescuezos
y empezóse la conquista...
Sino, por ellos sabremos
donde se halla la morilla.
¿Eh?
PED. Ya veo que me entiendes...
Silencio, que están encima.

ESCENA IV.

Los mismos, ZELINA *y* AVELA *(con velos.)* Dos *moros y* ABENSAIN, *que salen cubiertos con jaiques blancos, por la izquierda arriba.*

ABEN. Dad valor al corazon
que nadie siguió observad,
y está cerca la ciudad.
MON. *(saliendo de la derecha arriba y acuchillando á los moros que huyen por el último bastidor de la izquierda arriba. Zelina y Abela, huyen asombradas por la izquierda abajo, cayendo Zelina desmayada sobre un asiento ó peña al tiempo que llega don Pedro y la sostiene.)*
¡Santiago, y cierra Aragon!
ABEN. ¡Cristianos!
ZEL. ¡Ah!
PED. ¡Una mujer!
MON. Mejor direis que son dos.
Tambien esta es, ¡vive Dios!
al menos al parecer.
AVE. Dejadnos, señor, marchar,
y que en la ciudad entremos,
y mas dinero os daremos
que podais imaginar.
PED. Vuestra amiga, no la veis
que sin sentido ha quedado,
y á la ciudad en tal estado
llevarla vos no podeis?
AVE. ¡Su amiga! no, soy su esclava.
¡Ah! si supierais quién es.
PED. ¡Oh! ¡si fuera!... dilo pues.
(queriendo separar el velo que la cubre el rostro.)
AVE. Señor... ¡no!
PED. ¡Por Dios, acaba!
AVE. La hija del rey.
PED. *(descubre en este momento el rostro de Zelina.)*
¡Zelina!
AVE. ¿La conoceis? ¡por Alá!
Dejadla, señor.
PED. Do está
tu hermosura peregrina?
¡Oh! cielos! y cuanto amor
has sufrido, ángel de paz;
cuanto ha surcado tenaz
tus megillas el dolor.
MON. ¡A Dios! buena la hemos hecho;
si viene don Jaime ahora
y se encuentra aqui la mora..!
Pero, en fin, á lo hecho, pecho...
Y no fuera abance loco
la esclava, que es de primores...
Pero si en esto de amores
se me alcanza á mi tan poco!
PED. Ya vuelve.
AVE. ¡Por compasion!
dejadnos... Si oro anhelais
os darán cuanto pidais.
PED. Me basta su corazon.
Esclava, decid á Hudiel
que su hija á mi lado está,
que no espere verla ya
sino deja el bando infiel;
que si cristiano no se hace,
y da la ciudad rendida,
de su hija se despida
porque asi al cielo le place.
Que solo porque le des
esta noticia y consejo
ir libre á Murcia te dejo.
AVE. Gracias, señor.
PED. Vete, pues.
AVE. Mas... *(manifestando miedo)*
PED. Bien... vos acompañadla,
si quiere en la ciudá entrar,
y, sin peligro arrostrar,
cerca del moro dejadla:
id sin temores; yo quedo
bien seguro y resguardado.
MON. (¡Por cristo crucificado!
¿Cómo saldré de este enredo?)
AVE. (Solo por salvarla voy.)

ESCENA V.

D. PEDRO, ZELINA.

PED. Zelina, hermosa, mi bien.
ZEL. ¿Quién me llama... esa voz... quién.
PED. Mirame tu amante soy.
ZEL. ¿Vos, don Pedro?.. ¿Sueño?
PED. No,
que el cielo te trajo, hermosa,
porque de suerte espantosa

pudiera salvarte yó.
Vengo resuelto á cumplir
mi juramento sagrado,
de vivir simpre á tu lado
y aqui á tu lado morir,
ZEL. Pero debemos marchar,
don Pedro, de estos lugares,
donde sangrientos azares
el cielo va á descargar.
En mi quinta retirada
evisóme un fiel espia,
que el cristiano dirígia
su bandera desplegada
contra los mios... Huyamos.
PED. Tranquilizate, bien mio.
ZEL. ¿Lo dudas?
PED. No; mas te fio
de que seguros estamos.
ZEL. ¡Oh! ¡que idea!.. acaso vos
las huestes acaudillais,
y contra mi rey llevais
las iras de vuestro Dios?
PED. ¡Zelina!
ZEL. ¡Si! lo comprendo.
¿Olvidais que del rey moro
soy la hija?
PED. ¡Yo te adoro!
ZEL. Amor horrible y tremendo.
O los mios libertais
del rigor de una batalla,
ó de sangre una muralla
entre los dos levantais.
¿Habeis pensado quizás
que yo entregára mi mano
al verdugo y al tirano
de los mios?.. No, jamás.
¿Por qué perseguis sin duelo
á los que viven en paz,
y sin ninguna piedad
los arrojais de este suelo?
¿Por qué supieron ganar
tierras que otros no guardaron?
Y ¿por qué se les dejaron
cobardes arrebatar?
Cuando de la hermosa España
se hicieron dueños los godos,
decidme vos, ¿no eran todos,
cual los mios, gente estraña?
Si en los godos alcanzais
vuestro origen ¡ah! decid,
sobre esta tierra infeliz
¿qué derechos alegais?
¿El qué los vuestros primero
que los nuestros la pisaron?
A otros se la usurparon
vuestros sangrientos aceros,
cuando vivian quizás
sus propios y únicos amos,
y nosotros encontramos
bastardos y nada mas.
PED. Calma, hermosa, tus enojos;
escuchame sin temor,
y te hablaré de mi amor
postrado ante ti de inojos.
¿A qué la guerra nombrar
asoladora y ardiente,
delante del que se siente
de amor intenso abrasar.
Consagremos un momento
del amor á las delicias,
y en inocentes caricias
olvidemos el tormento.
ZEL. ¿De amor de dulce pasion
me habla esa lengua perjura,
cuando vuestro pecho jura
mi eterna condenacion?
¡Si! no lo puedo negar,
os amo con frenesi,
y os encuentro siempre aqui
sin poderos olvidar.
Os amo con un amor
eterno, divino, ardiente,
que va quemando mi frente
con mi fuego abrasador;
con un amor africano
que no alcánzan las cristianas,
que son sus protestas vanas
y su juramento vano;
mas ahogarle aqui, en el alma,
sabré, don Pedro, alcanzar,
si no me jurais tornar
hácia mis pueblos la calma.
(*don Pedro quiere hablar.*)
Sellad el lábio, señor,
si de paz no vais á hablar,
que no os volveré á escuchar
nuevas pláticas de amor.
Acaso os halle esta vez
de modo tan misterioso,
porque el cielo bondadoso
lo dispuso... ¡ah! si, pardiez.
A evitar lances terribles
alá me trajo á este suelo,
que los misterios del cielo
son, don Pedro, incomprensibles.
¿Me amais?
PED. Con tierna pasion,
con amor ardiente, insano.
ZEL. Y qué anhelais?
PED. Vuestra mano.
ZEL. Bien, con una condicion.
PED. Decidla, que firme os juro...
ZEL. No, don Pedro, no jureis,
que primero es que escucheis
porque lo hagais mas seguro.
PED. Mi tierra abandonaré
si eso quieres por seguirte,
que contigo por servirte
hasta el fin del mundo iré.
ZEL. Menos pretendo en verdad.
Si mi amor os interesa,
dejando una loca empresa,
vuestras tropas retirad.
PED. ¡Zelina! qué pretendeis?
ZEL. Que si no lo haceis, señor,
á morir con mi dolor
ir á Murcia me dejeis.
PED. ¿Y vos me amais?
ZEL. Ya os lo dige;
mas mi pueblo en Murcia está. (*pausa.*)
D. Pedro, acabad, que ya
vuestra tardanza me aflige.
Si vos la idea abrigais
que en las moras el amor
puede mas que el patrio ardor,
don Pedro, os equivocais.
Mora soy y arde en mi pecho
un amor que le debora,

mas amo á mi patria ahora
de mi pasion á despecho.
Si gana el cristiano Dios,
yo á mi pueblo seguiré,
y donde quiera que esté
estaré pensando en vos.
Irá mi amor consumiendo
mi corazon y mi frente,
su fuego voraz, ardiente,
mi existencia carcomiendo;
mas á los mios traidora
que yo abandone ¡jamás!
moriré de amor quizás...
muera, don Pedro, en buen hora.
Indigna de vuestro Dios,
si yo á mi padre vendiera
seria; y si tal hiciera
no fuera digna de vos...
¿no es verdad?

PED. ¡Tanto heroismo!
Zelina, ¿quereisme oir?
(¡Cielos! tal vez voy á abrir
entre los dos un abismo.)

ZEL. Hablad.

PED. El rey de Aragon
las tropas, Zelina, manda,
del es suya está demanda;
nada puedo en conclusion.

ZEL. Podeis seguirme.

PED. ¿Y á donde.

ZEL. A Murcia.

PED. Me es imposible.
No provoqueis un terrible
secreto que el pecho esconde.

ZEL. ¡Secreto! D. Pedro, hablad,
no hagais mas cruel mi suerte.

PED. Dame primero la muerte
si me olvidas, ¡por piedad!
Amas á tu padre mucho,
y me vas á aborrecer.

ZEL. ¿Quereis mas vivos hacer
los tormentos con que lucho?

PED. Zelina, al rey de Aragon
se que le aborreces, si,
mas ten compasion de mi...
¡soy su hijo!

ZEL. ¡Maldicion!
Enemigo encarnizado
de mi raza y de mi padre,
¿cómo ha de ser que le cuadre
nuestro amor desventurado?
Si tal, cristiano, supiera
cuando te dige mi amor,
aunque me ahogara el dolor,
yo callado te lo hubiera.
Cristiano, de mis amores
no te vuelvas á acordar,
que yo sabré sofocar
en mi pecho mis dolores.
Alá te acompañe...

(Zelina quiere marchar, don Pedro se arroja á sus pies y la detiene.)

PED. No,
no te apartarás de mi,
que ciego de amor por ti
donde vayas iré yo.

ESCENA VI.

Los mismos, EL REY, ADALID, *y algunos gefes y soldados.*

REY. Qué es esto ¡vive Dios! así postrado
á los pies de una mora os hallo ¡cielos!
en vergonzosa plática empleado
á la patria usurpais vuestros desvelos!
Hicieralo en buen hora un ruin villano,
mas cumple, solamente á un caballero,
libre esgrimir en la ferrada mano
las duras hojas del cortante acero.

PED. ¡Señor!...

REY. Basta... Decid por vida mia
quién es esa mujer, de dónde viene,
que interés á estos sitios la traia
y qué derecho á vuestras honras tiene.

ZEL. Yo os lo diré, señor.

PED. Desventurada;
va á perderse.

REY. (*á don Pedro.*) Silencio... Hablad, señora.

ZEL. En una alegre quinta retirada
supe que vuestras tropas á una hora
se hallaban de camino, y que venian
nuestro pueblo á sitiar, hui anhelosa
de unirme con los mios, cuando habian
el camino cogido ¡suerte odiosa!
Hallándome, señor, ese cristiano,
juzgando que en mi fé voluble fuera,
me suplicaba, á su pesar en vano,
que á vuestra santa fé me convirtiera.
Quien soy, nada os importe, porque nada
una mujer interesaros debe,
y dejadla que en hora tan menguada
su consuelo, señor á un padre lleve.

REY. Está bien..... ¿Adalid?

ADA. ¿Señor?

REY. Al punto
conducidla hasta fuera de mi gente;
llame nuestra atencion mas grave asunto.

ADA. Vamos, señora.

ZEL. Vamos.

PED. ¡No! ¡detente!

ZEL. ¡Cristiano!

PED. Padre mio, yo la adoro:
¿á qué un amor callar que el cielo ampara?

REY. ¿Estais loco, don Pedro?

PED. Yo os imploro
compasion nada mas.

REY. ¿Quién tal pensára?
¡Insensato!... mas ¿dónde habeis podido
hablar á esa muger? ¿qué estoy oyendo?...
Es que el juicio ¡pardiez! habeis perdido...
mas no, ¡ay de mi! ¡que todo lo comprendo!
Y ¿quien eres, esclava, que has osado
hasta el hijo de un rey alzar tus vuelos?

ZEL. Cristiano, á quien tus ojos has alzado
es la hija de Hudiel!

REY. ¡Divinos cielos!

ZEL. Si; sábelo.

REY. Pues bien; esclava mia,
en rehenes te quedas desde ahora.

ZEL. Soberbia accion de todo un rey seria
coger en rehenes una simple mora.
Y ¿sois vos á quien llaman sus vasallos,
»el gran conquistador, rayo de Marte?»
Los esclavos que guardan mis caballos
no echáran tal borron en mi estandarte.

REY. Basta, sultana; vete con tu brio,

y mi Dios te acompañe, que el cristiano
tiene para humillar tu poderio
la aguda lanza en la robusta mano.

ZEL. No esperaba yo menos de un monarca,
que tal cumple al honor de sus pendones,
cuya sombra sin límites abarca
el inmenso solar de cien naciones.
Digno enemigo sois de mis valientes...
mas, á Dios, y ay de ti cuando te acosen.

(Vanse Zelina y Adalid por entre el último bastidor de la izquierda y la muralla, que se supone se dirigen á la ciudad.)

REY. Ay de ellos cuando sientan que mis gentes
la dura mano en sus gargantas posen.

ESCENA VII.

Los mismos menos ZELINA *y* ADALID.

REY. Digna fuera de ti; mas ha nacido
en religion distinta y muy errada;
debes pues por tu fé darla al olvido
que otra te es por el cielo destinada.
Apréstate á lidiar con arrogancia;
olvida á quien tu amor no mereciera,
y piensa que te adora con constancia
la bella doña Aldonza de Cervera.
A ella te prometí: noble señora
es digna de tu amor y de tu mano:
olvida esa pasion que te desdora,
y humille tu entereza al africano.
Ya todo concluyó; por vez primera
feliz vas á lidiar con los infieles:
orgulloso tremola tu bandera
esa bandera llena de laureles.

ED. Vergüenza y maldicion sobre mi frente
si entusiasta mi sangre no vertiera,
por destruir á la morisca gente
y un laurel añadir á mi bandera.
Vamos á combatir, que aunque me inflama
puro amor por un mágico lucero,
arde mi corazon en viva llama
con la fe de español y caballero.

EY. Mas ya llega el egército, y si vieran
tu negra turbacion, fatal agüero
tal vez de nuestra empresa lo creyeran.
Esa idea arrojad, que alegre os quiero.

ED. Si, padre; á mi pesar me afano mucho
por lanzar el dolor que me atormenta,
y mas tenaz le siento, y peno y lucho,
y cuanto mas le esquivo mas se aumenta.

ESCENA VIII.

os mismos, El Adalid que viene solo por el lado donse fué: por la izquierda abajo aparecen el Maestre del nple, don Alonso Garcia de Villamayor, el obispo de tagena y otros gefes y soldados que van ocupando con en la escena, quedando de manera que parezca contir el egército por entre bastidores. Así que el Adalid ibe la orden que le da el Rey, se dirige á los gefes del cito y supone comunicársela. Estos se reunen al frene la tropa y se dirigen al rey. Don Jaime y los soldaque marcharon al empezar el acto, salen por donde se on.

. Que descanse el ejército, y que vengan,
Adalid, á este sitio sus caudillos;
justo es que voto en mi consejo tengan
para de Murcia desatar los grillos.
¿Vos, don Jaime, el terreno habeis corrido?

JAI. Si, padre mio, y descuidado el moro
nuestra pronta llegada no ha advertido.

REY. Mas ya se van los gefes acercando.
¿Adalid? disponed con maña y tino
que se vayan las tiendas preparando,
y que libre no quede ni un camino.

GEFES. Salud á nuestro rey.

REY. El acompañe
á tan nobles señores... He querido,
pues esta empresa á todos nos atañe,
dar á vuestros consejos grato oido.
¿O enviamos al moro una embajada
por si en paz esta empresa rematamos,
ó la tropa un momento descansada
el asalto sin trégua preparamos?
Vos, maestre del Temple, vuestro voto
dar podeis.

MAEST. Pues el moro harto imprudente
el tratado de paz infiel ha roto,
el asalto conviene solamente.
Mas no obstante, señor, al sano juicio
que siempre habeis mostrado, el mio cedo,
pues siempre el cielo se os mostró propicio,
y de vos gran acierto esperar puedo.
¿Ni quien aconsejar altivo osára
al que supo alcanzar alto renombre
de gran conquistador? Ni ¿quién pensára
que no aterre á ese moro vuestro nombre?
Al oirlo no mas, la altiva frente
humillará de Murcia ese tirano,
pues verá que es al fin lo mas prudente.

REY. Pensad que es muy soberbio el Africano,
que orgulloso y tenaz en demasia,
antes que sucumbir, luchará altivo,
fiero atacando la arrogancia mia,
mientras le quede un fiel soldado vivo.

MAEST. Digno será, señor, si tal blasona
de que vos le ataqueis en franca guerra,
y otra flor ganará vuestra corona
cuando postreis esa arrogancia en tierra.
Si él se escuda detras de esa muralla
creyendo hacer nuestros esfuerzos vanos,
probará ¡vive Dios! que en la batalla
son un muro de bronce los cristianos.

REY. Bien, maestre, lo sé, pues lo han mostrado
mejor de lo que al mundo le parece,
que ellos ese renombre han conquistado
con que el mundo al nombrarme se estremece.
D. Alonso Garcia, el vuestro espero
que mucho pesar debe en la balanza.

ALON. ¿Yo, señor?

REY Si, decidle, oiros quiero
que á mucho sé vuestro discurso alcanza.

ALON. Por el rey don Alonso de Castilla
vuestro yerno, señor, soy enviado
á la conquista de esta hermosa villa,
á obedecer, no mas, como soldado.
Ocupado en las guerras de Granada,
le fuera, contra Hudiel desobediente,
imposible venir á esta jornada,
y me honró con el mando de su gente.
Si del rey mi señor era esta empresa,
y de ella os encargais en su servicio,
tan solo obedecer me toca, y esa
mi órden es que cumpliré propicio.
Con seis mil castellanos he venido
que á obedecer se hallan aprestados;
al atacar, señor, tan solo os pido

que sean los primeros mis soldados.
REY. Está bien, lo serán. Los brazos dadme,
que en ello me honrareis, y vos señores
mi débil parecer, franco, escuchadme,
pues le honrais con tan bélicos favores.
Cerrada la ciudad, no entrará en ella
nada que mate el hambre á los sitiados,
y no viendo lucir su oscura estrella
caerán á vuestras plantas humillados.
Y si osan atacar nuestros reales
con osada altivez, como lebreles,
sobre cobarde caza, mis leales
tras las hordas irán de esos infieles.
Mas antes de empezar nuestras faenas,
justo es que nuestros votos dirijamos
Al señor, y, de fé las almas llenas,
ayuda en esta empresa le pidamos.
A vos, de Cartagena obispo ilustre,
elevad por nosotros dulces preces
os toca aqui, con el glorioso lustre
que en mis campos lo hicisteis otras veces.
OBIS. Asi los haré, monarca de la tierra,
que nada sois sin el poder divino.
De cuantos seres este mundo encierra
la mano de ese Dios rige el destino.
(al ejército.)
Soldados de la fé, doblar os mando
la rodilla ante Dios omnipotente,
y á los cielos los ojos levantando
oid sumisos mi plegaria ardiente.
(El ejército se arrodilla rindiendo las armas, los gefes desenvainan sus espadas y las rinden arrodillados. El obispo se arrodillará en primer término para decir la plegaria.)
Dios de Abram, mira de hinojos
á estos leales cristianos,
hacia ellos vuelve tus ojos;
no gocen con sus despojos
en la lid los africanos.
Al tremolar el pendon
victorioso de Castilla,
rasga el celeste crespon,
y á esta hueste que se humilla
echa ¡ó Dios! tu bendicion.
Ruge el mar, bravo coloso,
por la horrible tempestad,
y su aspecto tenebroso
se torna en espejo hermoso
por tu santa voluntad.
Y pues haces que á las olas
sucedan bellas aureolas,
haz que al sonar los clarines
salven nuestros paladines
las banderas españolas.
Sálvase Murcia, Señor;
Murcia, reina de las flores,
este suelo encantador;
rindase el moro traidor
á tus hijos vencedores.

ESCENA IX.

Los mismos, MONCADA *(llega apresurado.)*

MON. Señor, el enemigo apercibido
ya de nuestra venida, á la muralla
acude, y muchos moros han salido
á llamarnos tal vez á una batalla.
A ellos ¡voto á tal! no quede uno
por señal; acabemos esa raza
de rebeldes, cuartel para ninguno,
y no quede ni muestra de su raza.
REY. *(tomando de las manos á D. Pedro y D. Jaime.)*
Llegó, hijos mios, el feliz instante
en que vais á adquirir lauro de gloria,
esgrimiendo el acero centellante
cual valientes buscando la victoria.
Descargad con valor lanza ó montante
y vuestros nombres honrará la historia,
que al valor y virtud, honra y talento,
eleva el mundo sacro monumento.
Y vosotros, heróicos infanzones
que peligros inmensos arrostrasteis,
y siempre con honor vuestros pendones
en presencia del moro tremolasteis,
venid á engrandecer vuestros blasones,
volad á defender lo que jurasteis,
huellen hoy nuestros rápidos corceles
cadáveres sin número de infieles.
(suenan clarines etc. luces en la ciudad, moros en la muralla.)
Los clarines no ois? ¿pues qué aguardamos?
hora fuera traicion la fria calma...
A morir con honor luego partamos
ó de victoria á conseguir la palma...
¿Juráis salvar á Murcia?
(pone la espada horizontal, y sobre ella las suyas los gefes.)
TODOS. ¡Lo juramos!
REY. Vuestro entusiasta ardor deleita el alma.
A morir ó vencer, á la pelea;
ó libre Murcia ó nuestra tumba sea!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Elegante salon oriental: en sus paredes habrá colgadas varias armas; entre las de la izquierda del actor habrá un alfange. Puerta en el foro: otra en la derecha arriba, otra en la izquierda arriba: en la derecha abajo un balcon practicable.

ESCENA PRIMERA.

HUDIEL, ALIATAR.

HUD. ¿Con que lo mismo se están
los cristianos que se estaban
hace un mes? Quizá pensaron
al mirar nuestras murallas,
que eran débiles ¡par diez!
O que al moro le faltaba
valor para defenderlas.
De tan súbita llegada
mucho á la verdad temí,
y en la primera batalla
¡pardiez! que juzgué perdida,
Aliatar, nuestra esperanza.
ALI. No temen nuestros valientes,
señor, las contrarias lanzas.
HUD. Mucho el cristiano abanzó.
ALI. Pero al fin volvió la espalda.
HUD. No, Aliatar, la verdad siempre;
el retiró cara á cara;

y en verdad que no sé quien
perdió mas en la jornada.
¿No visteis aquel mancebo
que intrépido descargaba
mas golpes que un escuadron,
y que á Muley con la espada
traspasó? Cuando miré
su cabeza ensangrentada,
mi cuerpo se estremeció,
y hubiera por la venganza
dado, si, cuanto poseo.

ALI. El mas valiente adalid
de nuestro ejército...

HUD. ¡Calla!
no me recuerdes sus glorias
que el corazon despedazas.

ALI. Dicen que el que le mató
es el hijo del monarca.

HUD. ¿De don Jaime?

ALI. Si ¡pardiez!
D. Pedro dicen se llama.

HUD. Bien.... A mis tropas dareis
la órden, de que si alcanzan
á prender á ese cristiano
á mi presencia le traigan.
Al que vivo le presente,
oro le daré sin tasa,
y al que traiga su cabeza,
tambien le será comprada.

ALI. Pero, ¿olvidais que el cristiano
á enviar va una embajada
que vos admitir quereis?

HUD. No, Aliatar; pero el que manda
no es en verdad el que ruega.
Y si es cierto que con ansia
deseo dar á mi pueblo
la paz siempre deseada,
y que por ella volviera
gustoso á rendirle parias
al monarca de Castilla,
y ser su deudo, me abrasa
el deseo de vergarme.
Sin la condicion, sin tasa,
de entregarme á ese don Pedro,
yo defenderé la plaza
aunque en sus escombros sean
mis cenizas sepultadas.

ALI. Y ¿el cristiano accederá?

HUD. El propuso la embajada.

ALI. Pero ved que ese don Pedro
es hijo del rey... y...

HUD. Basta.
Aliatar, atrás no cejo
por cuanto este mundo abarca
ni un paso.

ALI. Yo os seguiré,
señor...

HUD. Bien.

ALC. (*foro derecha.*) Afuera aguardan,
señor, los embajadores
del enemigo.

HUD. La entrada
les dejarás franca al punto
que veas que en esta estancia
se reune mi consejo. (*vase el alcaide.*)
Vos le direis que le aguarda (*á Aliatar.*)
el rey, y que en este sitio
se presente sin tardanza.
(*vase por la puerta derecha.*)

ESCENA II.

HUDIEL *solo.*

¿Por qué lates corazon?
¿Qué temores te acobardan,
si tus contrarios aguardan
temblando tu decision?
¿Por qué luchas sin razon
entre el miedo y la esperanza,
cuando tu poder alcanza
mas que el cristiano poder?
Si, muy pronto voy á ver
satisfecha mi venganza.

ESCENA III.

HUDIEL, ALIATAR, *tres moros consejeros.*

HUD. ¿Señores? Alá os ayude
cual vuestro cargo merece,
pues el cristiano parece
que á nuestra indulgencia acude.

ALI. Cuanto anhele vuestro pecho
podeis con él acordar;
nosotros, sin replicar,
cuanto hagais damos por hecho.

ESCENA IV.

Los mismos, EL MAESTRE DEL TEMPLE *y otro embajador cristiano.*

MAEST. Salud al rey moro, cual cumple á un monarca,
nuestro amo le envia, el rey de Aragon,
cuyo alto renombre naciones abarca
que supo rendirlas su gran corazon.
Con fieles soldados, razones teniendo
para ello, hace dias cercó esta ciudad.

HUD. Que estais altanero ¡pardiez! estoy viendo.

MAEST. Mas, ved...

HUD. Al asunto derecho marchad.

MAEST. Pues, bien. Deseando que tantos horrores
en un punto cesen, pensó mi señor
mirar si acordamos calmar los dolores
de un pueblo que llora tal vez un error.
Que sois de Castilla su deudo en justicia
seria locura quererlo negar.
De tus consejeros tal vez la impericia,
contra ese monarca te instó á levantar.
La fuerza africana que fiel con presteza
acá en tu socorro Granada envió,
de Lorca en los campos, al ver la entereza
de nuestros soldados, cobarde se huyó.
Ya ausilio ninguno, rey moro, te resta
do puedate el triunfo de guerra venir.
Sus brazos don Jaime á darte se apresta
si á Castilla vuelves tributo á rendir.
Sino, ya el asalto dispuesto se halla,
y máquinas firmes se van arrimar
que á su fuerte impulso caerá la muralla
hundiendo con ella tu reino á la par.

HUD. Tu orgullo desprecio y á mi vez te digo,
que yo tambien tengo propuesta que hacer.
A dar cuanto pide gustoso me obligo
si quiere á la mia tambien acceder...
El hijo primero de tu rey ha muerto,
mi amigo mas firme, valiente y leal:

ó dame á don Pedro, ó tenga por cierto
que el sitio de Murcia va á serle fatal.
MAEST. Mas ved...
HUD. Es en valde cuanto hables, cristiano,
si á darme respuesta segura no vas.
MAEST. Pues, bien; guerra á muerte de Murcia al tirano:
mi pueblo á sus reyes no vende jamás,
que mengua seria teniendo, si, enchidas
de sangre las venas, de bélico ardor,
en mengua de España con prendas queridas
comprar lo que puede ganar con valor.
Tu Dios te proteja si hacerlo le es dado,
y á nos el magnífico dios de Israel.
La guerra, sin treguas, y tiemble el malvado
que el cielo sus rayos lanzar va al infiel.

ESCENA V.

HUDIEL, ALIATAR, *el consejo.*

HUD. ¡Sus! mis valientes! los cristianos vean
mi estandarte hondear en sus reales;
todos esclavos de mis gentes sean,
y séanlos mis armas bien fatales.
Oprima el yerro la potente mano;
á luchár por Alá con esperanza
y no quede ni rastro de un cristiano.
¡Venganza vive el cielo!
ALI. ¡Si! ¡venganza!
(Van á salir por el foro, y al mismo tiempo sale Zelina y todos se detienen.)

ESCENA VI.

Los mismos, ZELINA.

ZEL. Padre mio ¿qué os aqueja
que en mi cuarto retirada,
cual fúnebre campanada,
sentí vuestra amarga queja.
HUD. Nada temas, hija mia,
que muy caro á los cristianos
bajo el peso de mis manos
ha de serles este dia.
Voy al punto á disponer
mis aguerridos soldados
porque se hallen preparados,
para morir ó vencer.
ZEL. Padre mio, Alá os dirija
y os de acierto.
HUD. Asi lo espero;
y que nada penes quiero,
que no hay razon que te aflija.
(Vanse, por el foro de la izquierda.)

ESCENA VII.

ZELINA *sola.*

Si supiera cuanto lucha
con su amor y mi pasion
mi angustiado corazon
viera que hay razon y mucha.
Como luchas corazon,
entre dos finos amores,
y va agostando las flores
de mi cándida ilusion
el soplo de mis dolores!
¡Ay! por qué vieron mis ojos
su hermosura celestial,
y le entregué por mi mal,
el corazon en despojos
de un amor triste y fatal?
¿Por qué me tocó nacer
en distinta religion,
si habia mi corazon
á un cristiano de querer
con delirante pasion?
Mas soy de mi padre y señor
la delicia y el consuelo,
y debo al paterno celo
sacrificar este amor
porque asi le plugo al cielo.
(*se dirige á la ventana y la abre.*)
Tú en mi desventura, sola
eres, Murcia, mi esperanza,
en ti mi ilusion alcanza
la nacarada aureola
de apetecida bonanza.
Que hermoso es ver destacadas
en la inmensa oscuridad
tus bellas torres, ciudad,
como fantasmas alzadas
al pié de la eternidad.
Y ver, si del horizonte
sus luces el sol derrama,
nubes de rojiza llama
que van coronando el monte
como bolcan que se inflama.
Que delicioso es gozar,
oyendo los ruiseñores,
de la brisa los olores
que roba alegre al pasar
en cálices de mil flores.
Esa brisa de dulzura
que pasa languidamente
alhagando nuestra frente!
¡dulce bálsamo que cura
los pesares de la mente.
Grata brisa indefinible,
tú consuelas mi dolor;
y, lo que juzgué imposible,
de tu calma bonancible
me deja gozar mi amor.
Y de él acaso me olvido
cuanto en tus alas suaves
traes á mi tierno oido
dulce preludio escondido
de las trinadoras aves.
(Se oye el preludio de un laud.)
Brisa amiga, oyes mi voz,
y porque duermen calladas
en las verdes enramadas
las aves traes veloz
blandas notas aceradas.

CANTAN FUERA.

Ni la amarilla luna
en el azul serena,
viene á alumbrar la pena
sobre mi triste sien.
Todo en el mundo calla,
todo calla en el cielo,
yo solo inquieto velo
por encontrar mi bien.

(Zelina retirándose de la ventana.)
¿Por qué lates, corazon?..

¡Esa voz!.. mas no; ilusion
será de la mente mia,
¿ni cómo llegar podria
debajo de ese balcon?

ESCENA VIII.

Zelina, don Pedro (salta por el balcon) viene con armadura y casco; pero tan embozado en un jaique que la capucha de este cubre el casco. Al verle Zelina da un grito. D. Pedro lanza una ojeada rápida por la escena y cuando se convence de que están solos arroja el jaique y se dirige á Zelina. Todo con la mayor rapidez.

ZEL. ¡Ah!
PED. Mi bien ¿qué te acongoja?
es que me aborreces ya,
y á otro adoras quiza
ó mi venida te enoja.
ZEL. Enójame, si por cierto,
que mas quisiera ¡ay de mi!
antes que veros aqui
haber despechada muerto.
Si mi honor os interesa,
don Pedro, conocereis
que asi le comprometeis.
PED. Mi bien, tus temores cesa.
ZEL. (*mirando el jaique.*) Y el jaique ¿qué alma villana
os prestó?.. ¡traidor seria!
PED. ¿No sabes, hermosa mia,
que todo el amor lo allana?
Ya sabrás que una embajada
mi padre al tuyo envió;
pues en ella vine yó
con mi gente disfrazada.
Esa embajada tenia
por objeto solamente
penetrar aqui mi gente.
ZEL. ¿Acaso tracion impia...
PED. Si, Zelina, estais vendidos,
y los moros que os vendieron
aqui á los mios trageron
con los vuestros confundidos.
Yo aproveché la ocasion,
y á favor de este disfraz
vengo buscando tenaz
el bien de mi corazon.
Ya ves que en lance tan fuerte
solo te resta venir
conmigo, hermosa, ó morir.
ZEL. Pues bien... espero la muerte.
PED. ¿Sabes que será cruel?
Que la tropa desmandada
no sabrá respetar nada
que pertenezca al infiel?
ZEL. Bien lo sé; pero dejadme...
idos, no me lo digais.
¿Por qué asi me atormentais?
¿Mi amor?.. no os amé jamás.
¿Y lo creisteis? locura;
mis lábios, señor, mintieron
cuando tal cosa os digeron
PED. ¡Ay! es cierto por demás.
¿Donde están los dulces sueños
de mis bellas ilusiones?
¿dónde huyeron tus pasiones,
ingrata y falsa mujer?
¿Por qué rasgas inhumana
mi corazon desdichado?
Y yo de amor abrasado
en tu amor pude creer?
Locura, delirio vano...
como el de todas perjuro.
ZEL. ¿Qué he dicho?.. ¡no! te lo juro,
te adoro con frenesí.
Pero mientras yo no pueda
ver libre al pueblo africano,
ni todo el poder humano
me podrá arrancar de aqui.
Si debajo de estos muros
te sepulta tu arrogancia,
yo con valor y constancia,
á mi vez pereceré.
Debajo de sus escombros
caerá serena mi frente,
y el amor que siento ardiente
con ella sepultaré.
¿Pudiera tu Dios querer
que yo á un padre abandonára?
Si tal de tu Dios pensara
le haria poco favor.
PED. Cuando tierna me adorabas,
ingrata, en mi Dios creias;
falsas palabras impias
que se huyeron con tu amor.
Necio seré si de ahora
en tus protestas me fio.
ZEL. ¡Lo juro!.. tu Dios es mio,
y mia tambien tu fé.
Si á mi padre abandonára
fuera un proceder injusto
que castigára un Dios justo...
Yo á mi padre seguiré.
Y á mis solas retirada,
en tu religion pensando,
estaré á tu Dios rogando
con sublime devocion.
Y alli contaré á María
mis inocentes amores,
y endulzará los dolores
de mi amante corazon.
¿No es verdad?
PED. ¡Zelina mia!
arranca tu alma inocente
del lado de impia gente
que hundirá tu porvenir,
si entre ellos al fin pereces.
ZEL. Lo habrá dispuesto asi el cielo,
que pues naci en este suelo
en él haya de morir.
PED. Tan fria calma me asombra.
ZEL. Paréceos don Pedro mucha,
porque no veis la honda lucha
que me rasga el corazon.
PED. Si fuera verdad, Zelina,
venciera mi amor en ella.
ZEL. Inútil es la querella
de vuestra ardiente pasion:
¡nunca!
PED. Pues bien, á la fuerza
me seguireis.
ZEL. ¿Estais loco?
¿No veis que...
PED. Me importa poco
lo que me querais decir.
O me seguis voluntaria...
ZEL. ¡Por piedad!... ¡Cielos! ¿qué siento?
¿Será mi padre?.. ¡Oh tormento!

PED. Aun podemos huir.
ZEL. Salvaos vos.
PED. Solo, nunca.
ZEL. ¡Por mi amor!
PED. ¡Perjura! ¿osais?...
¿Asi infame profanais
tan dulce nombre?
ZEL. ¡Piedad!..
¡Huid!
PED. ¡Nunca! ¿habeis oido?
Que vengan, y en su despecho
claven en mi triste pecho
sus aceros.
ZEL. ¡No!... ¡marchad!
PED. ¿De qué me sirve la vida
lejos de tu lado, ingrata?
si nuestra ausencia me mata,
alivio el morir será.
Y que es á mi vez os digo
inútil vuestra querella;
¿yo dejaros y tan bella?
ZEL. Huid, huid.

(D. Pedro se dirige à Zelina, esta se separa de manera que al entrar Hudiel se halle en la izquierda arriba y don Pedro en medio de la escena.)

PED. ¡Nunca!
ZEL. ¡Ah!

(Al ver á Hudiel. Este solo ve á don Pedro que se hallará con la celada caida.)

ESCENA XI.

Los mismos, HUDIEL.

HUD. ¡Cielos!.. ¿sueño?.. ¿es ilusion?
¡En mi palacio un cristiano?
Si lo es ¿por dónde villano
entró?
PED. (*con calma.*) Por ese balcon.
HUD. ¡Miserable! ¿y aun osais
insultarme de ese modo?
PED. (*idem.*) Dispuesto á arrostrarlo todo
estoy.
HUD. Y aqui ¿qué buscais?
PED. (*idem.*) Juzgad que á vos.
HUD. ¡Maldicion!

(Se dirige á coger un alfanje que habrá colgado de un bastidor entre escudos y otras armas, y ve Zelina al mismo tiempo que coge el alfanje.)

todo lo comprendo ahora.
¿Asi, Zelina traidora,
desgarras mi corazon
ZEL. ¡Piedad!
HUD. ¡No! rayo del cielo!
tu audacia he de castigar
y haré tu cuerpo arrastrar
amarrado por el suelo.
¿Aliatar? (*sale Aliatar.*) Llevad de aqui
á Zelina; quedará
en su estancia, y no saldrá
sin mi permiso de alli.
¿Me comprendeis?
ALI. Está bien.
HUD. (*aparte á Aliatar.*) Y mis soldados alerta
hareis que tras de esa puerta
prontos á mi voz estén.
(*vase Aliatar con Zelina.*)

ESCENA X.

HUDIEL, D. PEDRO, (*al fin de la escena Aliatar, moros.*)

HUD. ¡Donceles sin fé! villanos!
¡para el dulce honor robar,
por los balcones entrar!
¿hacen eso los cristianos?
Por Alá, no te has de ir,
y tu cómplice, contigo
ha de acabar... te lo digo,
cristiano, vas á morir.
Y si la amas, la has de ver
morir delante de ti,
que no es mi hija la que asi
pretende mi honor vender.
PED. Haz de mi cuanto quisieres;
pero ella inocente está,
su muerte injusta será.
HUD. En vano salvarla quieres.
PED. Pues juzgas que si ella hubiera
mi pasion correspondido,
que si me hubiera seguido,
en tu palacio estuviera?
Te engañas, que yo llevado
hubiérala con valor...
pero esa ingrata su amor
solo á ti le ha consagrado.
HUD. (¡Será verdad!) Pero á vos
¿quien os pudo entrar aqui?
PED. (*con calma.*) Yo por el balcon subi
con la ayuda de mi Dios.
Me daba lástima ver
en tu religion odiosa
una niña tan hermosa,
y la vine á convertir;
mas tenaz en demasia
en su religion está,
y no la convertirá
ni toda una clerecia.
HUD. No sé como en mi furor
no te ahogo entre mis manos.
¿Y quien os dijo, cristianos,
que es la vuestra la mejor?
PED. ¡Miserable!.. mas, locura
fuera, por Dios, contestar
lo que debe despreciar
un alma en su fé segura.
HUD. ¿Y os manda tu religion,
miserables infanzones,
que á robar los corazones
os entreis por un balcon?.,
Mas cómo hasta él has podido
sin tropiezos penetrar?
PED. Solo puedo contestar
que ese jaique me ha servido.
HUD. ¿Alguna traicion? ¡Ah!
PED. ¡No!
Salidas hacen tus gentes;
mas se vuelven diligentes...
Pues entre ellos vine yo.
HUD. ¡Tanta audacia!
PED. (*con indiferencia.*) En Aragon
somos asi; no miramos,
cuando una cosa anhelamos,
si hay en ello oposicion.
Y si un ejército quiere
rechazar nuestros antojos,
cargamos á cierra ojos,
y salga lo que saliere.
HUD. Y sabes á donde va
la locura de tu amor?..
A la hija del señor,
que en Murcia mandando está.

PED. ¿Y sabes, moro sin ley,
ante quien hablando estás?
HUD. Ante un villano quizás.
PED. (*descubriéndose.*) Ante el hijo de mi rey.
HUD. ¡Vos don Pedro? (*mirándole con interés.*)
PED. El mismo, si.
HUD. Alá á mi poder te envia.
PED. Eso muy cierto seria
si yo me quedára aqui.
HUD. Y ¿quien piensas, jóven necio,
que te pudiera librar?
PED. ¡Mi acero!
HUD. Eso es delirar
y tu locura desprecio.
PED. (*llevando la mano á la espada.*)
El acero que á Muley
atravesó el corazon!..
HUD. Pues esa es tu perdicion,
esa, hijo de tu rey.
PED. Tambien el tuyo sabrá
partir!
HUD. ¡Mis guardias!
PED. ¡Traidor!..
¡Villanos!
ALI. ¡Preso!
PED. ¡Oh, furor!
HUD. Traedme ese acero acá.
(Saca la espada; mientras Hudiel se dirige á la puerta del fondo y llama. Entran los guardias en el momento en que don Pedro se va á lanzar sobre Hudiel, atacan y prenden á don Pedro, todo con la mayor prontitud posible. Coge la espada de don Pedro que estará en el suelo, y se la da á Hudiel.)
En un calabozo oscuro
has de vivir amarrado,
y de tormentos cercado
que te espanten, te lo juro;
vive ahora, yo lo quiero,
cuando mas no puedas yá,
entonces te matará
mi brazo con este acero.
¿El dices que á Muley dió
la muerte?.. ¡poder divino!
Cristiano, mira el destino...
con él te mataré yô.
PED. No lo hicieras de otra suerte,
frente á frente ¡no, traidor!..
mas no temo tu furor,
que no me espanta la muerte.
Vamos pronto. (*á los moros.*)
HUD. Si, llevadle.
Horrible suerte le acorra,
y en la mas honda mazmorra
de mi palacio encerradle.
(Vanse Aliatar y los moros con don Pedro por el foro izquierda.)

ESCENA XI.

HUDIEL *solo.*

Mas... Zelina... mi consuelo
mi único bien, mi esperanza!..
¡no! el delito no la alcanza;
injustamente recelo.
Todos para amar nacemos
y cuando ama el corazon,
no siempre con la razon
sujetar su ardor podemos.
Tú el consuelo de mi mal
has sido, hermosa Zelina;
mi mente no te imagina
por ese amor criminal...
Mas, me olvido que encerrarla
mande, en su estancia; importuno,
vuelva yo, sin odio alguno,
en mis brazos á estrecharla.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero pero con varias tiendas de campaña, entre ellas la del rey don Jaime, á cuya entrada estará clavado el estandarte de la fé. Aparecen los soldados, unos paseando, otros de pie etc. las armas puestas en el mejor órden posible, tendidas en el suelo, ó recostadas sobre las tiendas, segun lo permita la escena; á su lado pasea un centinela. Dos estarán, á los estremos de la entrada de la tienda del rey. Otros se verán mas lejos como centinelas abanzadas. Al levantarse el telon salen de la tienda del rey.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, D. ALONSO GARCIA DE VILLA-MAYOR, DON JAIME.

ALON. Tal vez marchando veloz
la hora del triunfo se acerca,
muchos de nuestros valientes
han entrado con reserva
en la ciudad, conducidos
por los moros que desean
vergarse de Hudiel su rey
por intestinas reyertas.
REY. Mucho el moro se defiende
encerrado en sus almenas...
¡Un mes acampados ya!
va faltándome paciencia,
y si no hubieran propuesto
esos traidores la venta
de la plaza ¡vive Dios!
que dado el asalto hubiera
arrojando contra el muro
de una vez todas mis fuerzas;
y ó tomaba la ciudad
ó acababa en la contienda...
Pero, en fin, ese trabajo
los traidores nos dispensan.
JAI. Señor ¿traidores llamais
á los que el favor os prestan
de abrirnos las puertas.
REY. ¡Si!
Tú, hijo mio, ahora empiezas
el arte de guerrear,
y no sabes que se aprecia
la traicion, mas el traidor
se aborrece, sea quien sea.
Apréndelo bien, y nunca
de la memoria lo pierdas.
JAI. No, padre mio, que al fin
traicion vil es una venta.
REY. Conque sino accede Hudiel,
Garcia, á nuestras propuestas,
los moros que han de venderle,
en el momento esas puertas
abrirán, y mis pendones
cubrirán sus fortalezas?
ALON. Cuando el pendon de la fé

tremole en esas almenas,
señor, será la señal
de volar á la pelea.
¡Por Cristo! que ansiando estoy
llegue la hora en que pueda
descargar tremendos golpes
sobre la gente agarena.

REY. Si llegára, Don Alonso,
conservad esa entereza,
esa noble emulacion
tan propia de almas guerreras...
Mas, no me engaño, del muro
abren, amigo, las puertas...
Es el Maestre del Temple.
Sepamos lo que contesta
á nuestra embajada el moro.

ESCENA II.

Los mismos, el MAESTRE DEL TEMPLE *y el otro embajador.*

MAES. Señor, á las plantas vuestras.

REY. Levanta, vasallo fiel,
pues mucho ansié tu llegada.
¿Qué dijo á vuestra embajada,
de Murcia el Monarca infiel?

MAES. Con marcada altaneria
mis palabras escuchó,
y despues me contestó,
que á Castilla pagaria
tributo de honor y tierra,
si á Don Pedro se le daba,
pues vengar en él pensaba
á Muley muerto en la guerra.

REY. ¡Cómo!... ¿En mi hijo, oh furor!
quiere vengarse el tirano?

MAES. Si. Por el pueblo cristiano
yo le contesté, señor.
Le dije, que como buenos
antes todos acabáramos,
que un español entregáramos
á los viles sarracenos.
Señor, dispuestas estan
nuestras tropas de ardor llenas,
y pronto en esas almenas
nuestros pendones pondrán.
Mi embajada ha terminado.
Si en ella obré con lealtad,
en la liza, no dudad,
quedaré como soldado.

REY. Si, gran Maestre, ya se
vuestro valor y arrogancia,
y esa lealtad y constancia
os juro que premiaré.
Pero antes vamos, valientes,
con heróica ansiedad,
á arrojar de esa ciudad
á los moros insolentes.
¡A las armas, vive el cielo!
Hoy los moros temblarán,
pues con sangre regarán
de Murcia el florido suelo...

(*los soldados toman las armas y se colocan de manera que dejan ver al espectador la puerta de la muralla. Mirando á la plaza con estremada ansiedad, que vá creciendo por momentos.*)

Aun no aparece el pendon,
en la gigante muralla,
que nos llame á la batalla...
¡Voy temiendo una traicion!...
Esa tardanza me aterra...
Acaso traicion forjaron,
y los mios acabaron
en arto desigual guerra...

(*como herido de un recuerdo doloroso dice el ¡cielos! y lo que sigue.*)

¡Cielos! y á mi hijo le tocó
con mis soldados entrar...
¡ay!... ¡le van á asesinar!...
¡No! quien le mata soy yo! (*mirando al muro.*)
No aparece mi bandera...
Si se cumplen mis recelos
asesinadme antes, cielos.

ALON. Desechad esa quimera.

REY. No es quimera, no, Garcia.
¿Por qué le cupo esa suerte,
para ir á una oscura muerte
el hijo del alma mia? (*mirando al muro.*)
No aparezcas, estandarte,
que para vencer canallas,
nuestras almas son murallas,
nuestros pechos baluartes.
Vamos, y tiemble el traidor
mi coloso ardor profundo,
no en valde me llame el mundo
«Don Jaime el Conquistador.»

JAI. Padre, esponeis vuestra vida.

REY. ¡Mi vida! ¡necio interés!
La grandeza de un Rey es
solo á sus pueblos debida.
Dios al Rey ha destinado
para ser, mal que le cuadre,
para sus pueblos un padre,
para su reino un soldado.

ALON. Mas se debe conservar
porque nació soberano...

REY. De que ha nacido cristiano
solo se debe acordar.
¿No muere el pobre pechero
en la lid como valiente?
Pues, decidme, ese inocente
¿por qué muere cual guerrero?
¡por su Dios y por su Rey!
Y, decidme ¿el Rey no es hombre?
¿No ha de eternizar su nombre,
no ha de respetar la ley?
¿Solo el pueblo su grandeza
con su sangre ha de elevar?
¿por qué el Rey no ha de arriesgar
con los suyos su cabeza?
El Rey al pueblo y á Dios
representa acá en la tierra,
por eso á la cruda guerra
marchar debe antes que vos,
Si vence, grande es su gloria;
mas si llega á perecer,
cumple, no mas, un deber
que eterniza su memoria.
¡Lo dicho! Estar debe en vela
el vasallo por su Rey,
si este por su paz y ley
es eterno centinela.

JAI. ¡Padre!

ALON. ¡Señor!

REY. ¡Basta ya!
Que veloz el tiempo pasa,
y mi corazon se abrasa
por los secuaces de Alá.

(*mirando como entreasombrado, alegre y dudoso al ver abrir la puerta de la muralla.*)
Mas... ¡Garcia!
ALON. Señor.
REY. ¿Deliro? ó veo
de la ciudad abriéndose las puertas,
y cuatro moros desarmados salen,
y hácia este lado sin parar se acercan?
ALON. Os vendrán á ofrecer franca la entrada.
REY. ¡Ah! ¡no sé en mi interior qué hondas sospechas!

ESCENA III.

Los mismos, cuatro embajadores moros.

EMB. Salud, noble cristiano: en gran consejo
reunidos los grandes de mi tierra
han resuelto cederte medio Murcia
por contener asi nuestras reyertas.
Hudiel nuestro rey antes, no ha cedido,
del prudente consejo á la propuesta
por cuya causa fué destituido
elevando á Mahomat á su alta esfera.
Este me manda á ti, bravo caudillo,
para decirte, que si paz deseas,
tengas media ciudad, y á gusto tuyo
hagas la division, mas con nobleza.
Esto pronto decide y egecuta,
pues la discordia y desunion fermenta
en nuestras filas, pues que muchos dicen
que daros medio Murcia es una afrenta.
Y antes que en revelion contra el consejo
alzarse nuestra gente osada pueda,
conviene, gran señor, que en esa plaza
vuestros reales senteis... dadme respuesta.
REY. Si, vamos... Mas estraño que mi hijo
(*mirando con desconfianza á los embajadores.*)
á darme esta razon tambien no venga,
pues si á Hudiel del gobierno habeis lanzado
¿que razon queda, pues, que le detenga?
¿Como mi entrada á amenizar no viene?
EMB. Siento daros, señor, la triste nueva,
de que Hudiel, cuando rey, de vuestro hijo
se apoderó, y en una fortaleza,
única posesion que le ha quedado
al rey destituido, ambos se encuentran.
JAI. ¿Acaso prisionero?..
MAES. ¿Gime esclavo?
JAI. Sin duda habrá caido su cabeza.
REY. Eso es una traicion que han meditado
para imponerme condiciones fieras:
por eso me dejais entrar en Murcia,
y me quereis ceder la mitad de ella;
más, nada de mitad ni condiciones;
mi voluntá en la lid tan solo impera.
Dadme á mi hijo ahora mismo, ahora
ó de vosotros ni uno solo queda.
EMB. Mirad, señor, que no en esa desgracia
nos cabe parte alguna, ni pudiera
vender á vuestro hijo quien os abre
de esa fuerte ciudad las recias puertas.
REY. El que vende á su rey villanamente
¿que estraño que á un contrario tambien venda?
EMB. ¿Asi pagais, señor, nuestro servicio?
Merece á fé mas grata recompensa.
REY. El traidor donde quiera se aborrece,
la traicion solamente, esa se aprecia.
(Hace una seña á los soldados que esten mas cerca) cuatro rodean á los embajadores y los separán á un lado.
Soldados de la fe, nobles cristianos,
vamos á la ciudad con entereza:
aunque trama horrorosa nos aguarde,
el leon español en su soberbia
mira como enemigos despreciables
á los feroces tigres y las hienas.
¡Si! que todos se postran aterrados
cuando ruge mostrando su fiereza,
cuando levanta su orgullosa frente
sacudiendo irritado sus melenas.
TODOS. ¡A Murcia!
REY. A Murcia, si, bravos guerreros;
si traicion maldecida nos espera,
sepamos conjurarla con las armas,
encarnizada la batalla sea:
mas si venciere la traicion infame,
si mi hijo ha parecido sin defensa,
muramos como buenos españoles,
que morir cual valientes no es afrenta.
(Ruido de campanas, añafiles, atambores etc. se ven luces en las ventanas de los edificios y se oyen voces, de *Traicion Mueran*, sigue el ruido hasta el fin del acto.)
Mas.. ¿que escucho? el clarin y las campanas..
esa la señal es de la pelea.
(*mirando á la ciudad.*)
Tremolad las banderas musulmanas,
no el estandarte del cristiano vea...
(*en este momento aparece el pendon cristiano en el castillo mas alto de la ciudad.*)
¡Cielos!... ya apareció... ¡quitadle! fuera!
¡á la traicion no guian los leones!
Acèrcame, cristiano, esa bandera
no manchada jamas con mis acciones.
Damela, pues: en mi arrogante mano
será emblema de paz y de victoria,
se postrará á su vista el africano,
y el español se llenará de gloria.
En Murcia á tremolar mis estandartes
corred, soldados, como hambrientas fieras,
que ó las he de clavar en sus baluartes
ó al lado he de morir en mis banderas.
Cae el telon en el momento que el rey con el estandarte en la mano entra por la puerta del muro. Los gefes y soldados le siguen.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon oriental de mediano lujo, algunos cogines al rededor y sobre una alfombra de poco lujo. Puerta en el foro y otra á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

HUDIEL, ZELINA.

ZEL. Cese ya vuestro dolor,
no mas la pena os aflija;
pensad solo en vuestra hija
que os profesa puro amor.
Si de Murcia no sois rey,
nada importa, conspiremos,
que mil amigos tenemos
que harán valer nuestra ley.
HUD. Déjame, que en furor ardo.
¡Burlar asi mi esperanza!
Mas, yo tomaré venganza,
no piensen que me acobardo.
¿Se paga asi mi lealtad?

¿Por qué el reino me han quitado?
¿Por qué? porque no he entregado
al cristiano la ciudad.
¡Cobardes! indignos son
de Alá defensores... Cierto!
no son hijos del desierto
los que hicieron tal traicion.

ZEL. Calmaos, padre mio, si.
¡Ay! frenético al miraros
no me es posible esplicaros
el tormento que hay aqui.

HUD. Hija, si, me calmaré,
mas despues de haber triunfado;
cuando en Murcia haya clavado
el pendon de nuestra fé.
Pues aunque media ciudad
ó acaso mas es del moro,
¡por Alá, que es gran desdoro
tener solo la mitad!...
Mas no soy rey ni caudillo,
soy no mas que un desdichado,
que vive desesperado
siempre oculto en su castillo

ZEL. ¡Padre!

HUD. Déjame morir
con mi dolor oprimido,
que al que ha quedado vencido
le es odioso el existir.

ZEL. Si en nada puedo de vos
mitigar tanta agonia,
al menos desde este dia
lloremos juntos los dos.
Fresca rosa en un pensil
por la brisa acariciada,
y por el aura alhagada
pasé mi lozano abril.
¡Ay! en breve mi frescura,
mi fragancia y mi color
se trocaron en dolor
y en eterna desventura.
Pero justo es que las penas
que sufre un padre agobiado,
sienta la hija que ha tomado
de él la sangre de las venas.
Si sufren almas estrañas
viendo tus tormentos ¡oh!
¿no he de sufrir siendo yo
el fruto de tus entrañas?
Nadie dirá que es locura
por un padre padecer,
habiéndonos dado el ser,
sangre, desvelo y ternura.

HUD. Muy grato me es escuchar
ese amor que es mi esperanza,
pero pide la venganza
sangre, y se ha de derramar.
Retirate, que rumores
escucho en este aposento.
Ve, que quizá este momento
sea muy caro á los traidores.

ESCENA II.

HUDIEL, ALIATAR *y moros.*

HUD. Alá os traiga para bien.

ALI. El te guarde y te proteja
como leales amigos,
como vasallos que anhelan
que vuelvas á tu reinado,
que tus leyes obedezcan,
que tu valor reconozcan
y tu justa saña sientan.
Venimos, nuestros alfanjes
y los de la gente nuestra
á ofrecerte para cuando
que demos el golpe quieras.
Aunque en consejo los grandes,
y sin la presencia nuestra
decidieron y mandaron
que otro á tu lugar subiera,
los mas fuertes adalides
quieren que rey á ser vuelvas,
pues conocen no es delito
el sostener entereza.
Si el reino te han quitado
porque quisieron cedieras
Murcia al pérfido cristiano,
viendo inútil su defensa,
y con valor rechazaste
villanamente cederla,
tu noble resolucion
ambicionan sostenerla
los valientes, descontentos
con tener á Murcia á medias;
que entera quieren ganarla
ó entera sino perderla.

HUD. Y eso es cierto?

ALI. La verdad
tan solo espresó mi lengua.
Ahora bien ¿qué decidis?
Nuestro descontento llega
á las filas del cristiano,
y se asegura que intenta
arrojarnos por completo
de la ciudad; ¿qué se espera?
Arrojémosle nosotros,
y reinad en nuestra tierra.

HUD. Si, volemos al combate,
pues de nosotros es mengua
que el orgulloso cristiano
la mitad de Murcia tenga.
El la Mezquita mayor
posee y la fortaleza,
y á mas el palacio real,
¿qué mas desear pudiera?
¡y aun pretende arrebatarnos
la otra mitad que nos resta!
No será asi; con valor
haremos nuestra defensa,
y si morimos, al menos
que como valientes sea.

ALI. Todos lo anhelamos.

TODOS. ¡Si!

HUD. Valientes, mi vida es vuestra.
Antes que el fiero enemigo
nuestros intentos comprenda,
es necesario por obra
poner la arriesgada empresa.
Escuchad: cuando la noche
su lúgubre manto tienda,
la morada de don Jaime
que ataquemos será fuerza.
Yo me encargo de asaltarla
con la gente mas resuelta:
tú, Aliatar, la gran Mezquita
has de tomar; y tu piensa
que has de entrar con tus amigos

en la grande fortaleza.
Vamos á arriesgar las vidas,
que sin igual es la empresa,
pero el valor africano
al infortunio supera.

Ali. Don Pedro en vuestro poder
está, y tal vez se pudiera
hacer capitulaciones
que favorables nos fueran,
diciéndole, que á su padre
él mismo las propusiera;
dándole sino tormentos
de esos que obligan por fuerza;
pues dicen que si don Jaime
se avino á tomar á medias
la ciudad, era esperando
libertarle.

Hud. Mal espera
sino la abandona toda.

Ali. Haced que don Pedro venga,
y veremos si es que á hacer
la proposicion se presta.

Hud. Lo dudo.

Ali. Mas...

Hud. Bien. ¿Alcaide?
(llama y sale por el foro izquierda el alcaide con llaves.)

Alc. Señor.

Hud. Abrid esa puerta
y traed al preso. Dudo,
(abre con una llave la puerta de su izquierda y se entre por ella.)
pues conozco su entereza.
Yo pensé vengar en él
la muerte que á Muley diera:
mas si dándole nos dejan
otra vez la ciudá entera,
yo vuelvo á gozar mi reino,
y la paz que el pueblo anhela
logro afianzar, al punto
la libertad que desea
concedida le será;
y al cielo el castigo queda
del desgraciado Muley....
Mas ya á este sitio se acerca.

ESCENA III.

Los mismos, El Alcaide, Don Pedro.

Ped. Decid, que me quereis? ¿me habeis llamado
para arrancarme, infames, la existencia?
Pues aqui me teneis; cual buen soldado
sin miedo aguardo la fatal sentencia.
Descargad sobre mi la injusta saña:
no le arredra el furor del Africano
al hijo y sucesor del rey de España,
que sabrá perecer como cristiano.

Hud. Vuestro brio, don Pedro, no ignoramos,
ni daros os queremos muerte impia,
pues todos persuadidos nos hallamos
de que no desoireis la instancia mia.

Ped. ¿Y es ella?

Hud. La sabreis: oidme atento.
Si anhelais de la muerte libertaros,
y de nuestro africano campamento
con oro y sin castigos alejaros,
una carta escribid á vuestro padre,
de Murcia la mitad diciendo ceda
por vos; y como aquesto no le cuadre
tu cabeza, infeliz, hoy mismo rueda.

Ped. Ruede en buen hora; tu furor desprecio.
¡Yo traidor á mi patria! ¡yo cobarde!
Al escuchar tu infamia, moro necio,
en mis venas la sangre siento que arde.
Tu presencia no sé como resisto;
¿yo atentar de mi patria á la grandeza,
y el pendon humillar de Jesucristo?
Siega antes, africano, mi cabeza.
No pienses, no, que mi honradez inmoles:
alegre me verás aun espirando,
que los bravos soldados españoles
su muerte ven, pero jamás temblando.

Hud. ¡Oh! veo que, pardiez, sois altanero:
mas juro por Alá que esa entereza
cederá cuando firme el corvo acero
el verdugo dirija á tu cabeza.

Ped. Cubierto entonces de mis nobles galas
elevaré mi frente placentera,
como aguila imperial cuando sus alas
remonta ufana á la estrellada esfera.

Ali. Quereis morir cuando en la edad florida
os hallais de alhagüeñas sensaciones:
en esa dulce y deliciosa vida
de entusiasmo, de amor y de ilusiones?

Ped. ¡Basta ya! si pensais alucinarme
con ese porvenir de bellas flores,
no lograreis jamas intimidarme
pues os conozco bien, perros traidores.
(movimiento general.)

Ali. ¡D. Pedro! respetad!..

Ped. ¡Si, lo repito!
y pues estoy á muerte condenado,
mi valor con mi sangre deje escrito
que he sabido morir como soldado.

Ali. Bien! disponte á morir, necio cristiano.
No quieres escuchar mi voz amiga!
Pues la venganza atroz del Africano
hacerte sentir hoy mi honor me obliga.
Renuncia á la ambicion de amor y gloria;
una muerte cruel en breve espera;
no con honra en el campo de victoria,
sino en una prision lóbrega y fiera.

Ped. Vamos. *(al Alcaide.)*

Hud. Llevadle, si, y oprima el hierro
sus brazos y sus pies; sed y hambre sienta
cruel por siempre en el oscuro encierro
donde el insecto villibre fermenta.
(vase el Alcaide con D. Pedro.)

ESCENA IV.

Hudiel, Aliatar *y moros.*

Hud. Lo veis?.. ¡firme valor!

Ali. Sienta el cristiano,
sin que mas en rogarle ya pensemos,
el golpe fiel de nuestra airada mano,
ó en la empresa valientes acabemos.

Hud. Si, á la lid: preparad toda la gente.

Ali. ¡Marchemos!
(Salen Aliatar y moros y se van por el foro derecha; al ir á marchar Hudiel sale Zelina por el foro izquierda y le detiene.)

Zel. ¡Padre mio! ¿que os aleja
tan pronto de este sitio?

Hud. La ira ardiente
que hasta verme vengado no me deja. *(vase.)*

ESCENA V.

ZELINA, *sola.*

¡Ah! todo lo escuché. Su muerte temo.
¿Como poderle libertar?... Me abrasa
este fuego de amor en que me quemo,
y en lucha horrible mi existencia pasa.
¡Mas, yo verle morir! ¡jamas! primero
cortante siegue mi infeliz garganta
de airada mano el vengativo acero.
Solo su horrenda situacion me espanta.
Huya lejos de aquí, y en mi se cebe
de mi padre y señor la saña injusta.
El tan joven aun morir no debe,
y á mi la fiera muerte no me asusta.

ESCENA VI.

ZELINA, EL ALCAIDE.

(Sale del calabozo, cierra la puerta sin reparar en Zelina, pero al irse á marchar la ve.)

ALC. ¡Ah! señora ¿vos aquí?
ZEL. Si; y á ti te envia el cielo,
tal vez, para mi consuelo.
ALC. Si en algo serviros...
ZEL. Si.
Tu fortuna está en mi mano.
Muy rico te juro hacer
si quieres aqui traer
un instante á ese cristiano.
ALC. Señora, si el rey lo sabe,
mi cabeza cortará.
ZEL. Juro que no lo sabrá.
¿Cuanto oro vale esa llave?
Pide y te será entregado
al punto: decidete
sin replicar.
ALC. Ya se ve...
el lance es bien apurado...
¿Jurais que siempre ignorada
será mi obediencia?
ZEL. Si.
ALC. Pues voy atraerle aqui.
ZEL. Si la riqueza estremada
(*quitandose una cadena que lleva al cuello y dándosela al Alcaide que la toma.*)
de esta joya no compensa
tu servicio...
ALC. Si... no soy
muy ambicioso, y estoy
que es bastante recompensa. (*vase.*)

ESCENA VII.

ZELINA, *sola.*

Yo te daré libertad
aunque muera desdichada,
cual tierna flor agostada
en el Abril de su edad:
aunque me acose tenaz
este pesar que devoro,
y vertiendo amargo lloro
sufra en horrible prision,
solo y triste el corazon
ardiente con que te adoro.

ESCENA VIII.

ZELINA, DON PEDRO, *seguido del* ALCAIDE.

PED. ¡Ah! señora ¡por piedad!
¿qué me quereis? Vais ahora
á atormentarme traidora.
ZEL. (¡Imprudente!) Despejad.
(*al Alcaide que se vá por el foro izquierda.*)
PED. ¿Llorais? (*á Zelina que llora.*)
ZEL. Si, D. Pedro, lloro
porque injusto me ultrajais,
y ciego no contemplais
la pasion con que os adoro.
PED. Y ahora ¿qué me quereis?
ZEL. Que huyais de muerte segura,
y á favor de noche oscura
en las sombras os salveis;
que ya el sol su luz inmensa
hundió en la mar vacilante,
y dentro de un breve instante
la oscuridad será densa.
PED. Y ¿estais dispuesta á venir (*con calma.*)
conmigo?
ZEL. ¡Siempre lo mismo!
¡Ah! ¿no veis el hondo abismo
en donde os quereis hundir?
PED. Nada veo. Sin tu amor
solo deseo la muerte.
(*ruido lejano de murmullos.*)
ZEL. Siento ruido .. Nuestra suerte
(*escuchando atentamente.*)
decretó el hado ¡qué horror!
Mi padre llega.
(*desde aqui grande agitacion en los actores.*)
PED. ¡Partamos!
ZEL. Ya no hay remedio... ¡ay de mi!
Perdidos, Don Pedro, estamos.
PED. Yo volveré á mi prision,
y asi salvada os quedais.
ZEL. Si otra vez en ella entrais
os matarán; ¡maldicion!
¿Teneis valor? (*sacando un pomo del pecho*)
PED. ¡Un veneno!
¡Insultar al cielo!
ZEL. ¡Oh!
¡Van á matarte!
(*se vá acercando el murmullo.*)
PED. Bien... yo
iré á la muerte sereno,
mas suicidarme ¡no!
ZEL. Muramos juntos aqui...
(*Don Pedro hace un movimiento de terror y sentimiento.*)
¿Te aterra la muerte? ¡Si!
PED. Qué es la vida sin placer?
Qué me resta que perder
si la esperanza perdí?
HUD. Tu, Asam, los caballos. (*dentro.*)
PED. ¡Yo!...
(*mirándose la cintura y dirijiéndose á la puerta, de repente se detiene viéndose sin armas.*)
¡Ni un puñal, y, sin consuelo
de defensa morir! ¡oh!
HUD. Vos valiente Abensáy, por si es preciso,
(*dentro.*)
mi caballo aprestad en el instante...
Vos á armarme venid... (*entrando.*)

ESCENA IX.

Los mismos, HUDIEL y cuatro moros. Uno de los moros trae en un almohadon, sobre el cual lleva, la cota de malla y el casco de HUDIEL; lleva tambien la espada que quitaron á Don Pedro en el segundo acto. Al entrar en la escena los moros se quedan algo lejos del foro.

HUD. ¡Cielos! ¿qué veo?
(*viendo á Don Pedro y Zelina.*)

¿Vos aqui?
PED. ¿Qué hay en ello que os espante?
(*con calma.*)
Vuestra hija me adora, y ha venido
de un injusto rigor á libertarme.
HUD. ¡Su sangre he de beber!
(*toma la espada que cá sobre la cota.*)
PED. ¡No! ¡vive el cielo!
mientras pueda mi brazo estar delante.
HUD. ¡Oh furor! ¡Despejad! Hasta mis gentes
(*á los moros que se retiran.*)
han de saber vuestra pasion infame!
Tienes, cielo, en tus iras espantosas
mas horribles tormentos que lanzarme?
Ayer dueño de un reino, hoy vil vasallo
que tendrá acaso pronto que arrastrarse
cual misero gusano hasta las plantas
de un altivo señor. Tan cruel ultraje
y tanto deshonor, tan triste mengua
á herirme el corazon no era bastante,
que hasta el fin gota á gota y sin consuelo
la copa he de apurar de los pesares?
¿No basta que mi reino me quitáras,
que tambien has querido arrebatarme
el amor de una hija á quien adoro
como sabe adorar un tierno padre?
(*arroja á los pies de Zelina la espada de Don Pedro que tiene en la mano.*)
Toma ese acero, si, hiere mi pecho,
completa en fin esa traicion infame
que en el tuyo abrigabas, hiena astuta.
Mas ¿qué digo? ¡infeliz! ¿Y sin vengarme
habia de morir? De la venganza
al grito aterrador el pecho late.
¡Si! de venganza se alimenta solo,
y venganza respira en su corage.
PED. Hiere, pues, ¿á qué espera ya tu enojo.
Haz que tu acero el corazon traspase.
HUD. No, vivid, que consuelo morir fuera,
y quiero, si, en vuestro dolor gozarme.
Si el cristiano penetra hasta este sitio,
antes que logre de él apoderarse,
hasta el pomo la espada vengadora
hundiré en vuestros pechos miserables.
Mas ¿qué escucho?
(*voces fuera y ruido de espadas.*)
¡Traicion! Muera el villano!

ESCENA X.

Los mismos, ABENSAIM.

ABEN. ¿Señor? (*con agitacion.*)
HUD. ¿Qué hay, Abensáy?
ABEN. Que ya esta tarde,
supo el cristiano que en sus reales mismos
pensábamos valientes atacarles,
cuando las sombras de la noche oscura
del sol las claras luces ocultasen.
Y adelantándose él ha penetrado
sin resistencia alguna hasta esta calle.
Vuestra guardia resiste valerosa
y á su frente Aliatar: para animarles
solo falta, señor, vuestra presencia.
HUD. Nos cerca por do quier traicion cobarde...
Mas el ruido se acerca... ¡á la pelea!...
Vuestra hora llegó.
(*vá á cojer la espada que está á los pies de Zelina, Don Pedro se lanza sobre ella y la coje.*)
PED. No! ¡Vive el cielo!
HUD. ¡La suerte me abandona!
REY. No acobarde
(*fuera.*)
vuestro noble valor... ¡A ellos!
PED. ¿Oyes?
¡Tu destino es llegado!
(Aparece en el foro el Rey con los jefes y soldados, todos con las espadas desenvainadas. Al ver á Don Pedro con la espada en la mano, se detiene y le dice con dignidad los dos primeros versos: despues se arroja á él, lo estrecha en sus brazos y dice lo que sigue. Don Pedro, al ver á su padre se detiene tambien manifestando temor y respeto hasta que el Rey le abraza.)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, el REY, *grandes y soldados.*

REY. Asi me place,
cual valiente adalid en la pelea
cual hijo de quien eres encontrarte.
¡Ay! harto tiempo te lloré perdido;
mas ya vuelvo en mis brazos á estrecharte
contra mi corazon de gozo lleno...
Bien, Don Pedro; el acero centellante
esgrimid con valor, eso os conviene,
no en villanos amores embriagarse...
¿Es este el moro Hudiel?
HUD. Aqui le tienes
si acero vencedor quieres clavarle.
REY. No, jamás, que harta pena es ser vencido.
Te perdono, infeliz...
HUD. ¿De qué me vale
la vida si he perdido en este mundo
el único placer que puede darme
consuelo en mi desgracia. Ya tu hijo
consiguió el corazon arrebatarme
robándome el cariño de esa ingrata.
Nada me queda que á vivir me llame.
ZEL. ¡Cielos! ¿y habeis dudado? Aun os queda
(*se halla al lado opuesto de Hudiel, cruza la escena rápidamente y se abraza á su padre que la vé con sorpresa. Don Pedro manifiesta grande agitacion.*)
una hija, señor, que ardiente sabe
por vuestro amor sacrificarlo todo.
Su vida, el porvenir, cuanto anhelante
en el mundo, señor, desear pudo,
todo por vos lo olvida en este instante.
Juré en eterna lealtad seguiros
donde quiera que el hado me arrastrase,
y cumplirlo sabré... ¿Dudaislo?... ¡es cierto!
HUD. ¡Ah! mi bien! ¿es verdad? vuelve á estrecharme
contra tu dulce pecho.
REY. Y vos, Don Pedro,
(*mirando á Don Pedro con dignidad y cariño.*)
¿menos noble sereis? ¿Quereis á un padre
amargar los instantes que le restan,
dando abrigo á ese amor? No mas culpable
os vuelva yo á mirar.
(*esto último lo dice con todo el afecto cariñoso.*)
PED. ¡No, padre mio!
(*Don Pedro hace un esfuerzo como para hacerse superior á su pasion, y se arroja en los brazos de su padre.*)
Aunque esfuerzos me cueste, sabré echarle
del hondo corazon; y de hoy tan solo
gloria y placer ansioso en los combates
iré á buscar.

REY. A mi aflijido pecho
la calma vuelves que perdí un instante.
HUD. ¡Cierre tus manos mis cansados ojos!
REY. ¡Tu brazo en las batallas me reemplace!
(*soltando á Don Pedro.*)
¿Hudiel? yo te perdono. Escoje el punto
donde quieras vivir, y en él te ampare
mi real munificencia.
HUD. A bondad tanta
rendirte debo yo justo omenage,
que el fruto encantador de mis entrañas
consolará el dolor de mis pesares.
¿Qué me importa de un trono la opulencia
(*abrazando á Zelina.*)
si en este corazon le hallo mas grande,
sin que el peso del cetro y sus cuidados
vuelvan mas en mis años á agobiarme?
Bajo este suelo encantador, sublime
los años ví de mi niñez pasarse,
y gocé entre caricias placenteras
el beso tierno de amorosa madre.
Y al dormir de este suelo entre las flores
sentí el aura feliz acariciarme:
acabe, pues, aquí, si este consuelo
quieres, cristiano, en tu bondad prestarme.
REY. Sea en buen hora; el cielo te proteja.
HUD. Aunque mi corazon ardiente late,
en los trances acerbos del destino
he sabido á la suerte conformarme;
y si enemigo generoso encuentro
sé el rencor de mi pecho desterrarle.
REY. Hudiel, desde hoy mi proteccion te ofrezco.
Nada te faltará, que en el combate
al vencido enemigo perdonando
el feliz vencedor se muestra grande.
ZEL. ¡Señor! (*á los pies del Rey.*)
HUD. ¡Oh! (*id.*)
REY. Levantad. El cielo os preste
(*levantándolos.*)
paz y sosiego en los tranquilos lares,
lejos de los cuidados de un Monarca
que do quiera le agobian incesantes.
(*dirijiéndose á los jefes cristianos.*)
Y vos las gracias recibid, señores,
por haberme prestado vuestro acero
y el de vuestros soldados triunfadores,
cada cual en la lid siempre el primero;
y que nobles al par que vencedores,
teniendo á raya su ardimiento fiero,
saben en el combate apetecido
respetar la desgracia del vencido.
¿Don Alonso Garcia? á vos entrego
la plaza, y al monarca de Castilla,
mi yerno, le direis que puede luego
señor llamarse de tan rica villa:
que en cambio á mi favor, la adore ciego
le pido, nada mas; y ahora que brilla
bajo su proteccion, feliz se vea
Murcia, y cristiana para siempre sea!

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1848.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA

Calle del Duque de Alba, n. 13.